

PERSPECTIVA

A PROPÓSITO DE LA GESTIÓN CULTURAL COMUNITARIA

Felizmente, desde hace un tiempo la pregunta de si existe o no una gestión cultural que pueda denominarse “comunitaria”, a fuerza de evidencia, ha ido cediendo lugar a sus propios actores que hablan de sus prácticas. Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de gestión cultural comunitaria? En las siguientes líneas, intentaremos algunas respuestas.

ROBERTO GUERRA VEAS

Gestor Cultural, presidente de la
Escuela de Gestores y Animadores
Culturales, EGAC
www.robortoguerra.wordpress.com

“Así, desde del decir haciendo, miles de pequeñas y grandes experiencias dan cuenta de un sector en constante movimiento y desarrollo donde se baila, canta, pinta, anima, representa, gesta y organiza con particular intensidad”.

Ya hace décadas y desde el territorio, pequeñas y grandes experiencias dan cuenta a diario de la vitalidad de un sector que se reinventa en la práctica y, desde la diversidad que le es propia, anima la cultura en sus comunidades. Se trata de voluntades individuales y colectivas que abren espacios de participación, disputan, generan sentidos, pero ante todo actúan, muchas veces por la sola satisfacción de sentirse *haciendo algo* significativo para ellos y para su entorno.

Como apunta Gonzalo de la Maza (2001), se trata de prácticas que intervienen en la realidad y desde la acción concreta “innovan, inventan y copian, articulan y vinculan diferentes actores; reivindicán y proponen al mismo tiempo; prueban, aprenden y replican; exigen, pero también se hacen co-responsables y autogestionan; generalmente piden pero no esperan la respuesta de la autoridad para actuar, ya lo están haciendo”. (p. 23)¹

La gestión de sello comunitario cuenta entre sus filas a los tradicionales centros culturales, agrupaciones artísticas, colectivos, bibliotecas populares, radios y televisoras comunitarias, revistas, grupos juveniles, de teatro, murgas y batucadas, muralistas, animadores, músicos, entre muchos otros, configurando un sector que dista de ser homogéneo, pero que encuentra en la diversidad de acciones y sentidos que lo configuran su sello característico. Así, desde del *decir haciendo*, miles de pequeñas y grandes experiencias dan cuenta de un sector en constante movimiento y desarrollo donde se baila, canta, pinta, anima, representa, gesta y organiza con particular intensidad.

1

De la Maza, Gonzalo (2001). *Sociedad civil en América Latina: dos apuntes para la reflexión*. Santiago de Chile: Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza.

Luego de la comentada *atomización* del movimiento social de inicios de los noventa, la *búsqueda y reorganización* parecieran dar cuenta de en qué está hoy día el quehacer cultural a nivel de base. Al contrario de lo que a veces suele escucharse acerca de la manida *falta de participación social*, el tejido social y comunitario se ha diversificado y enriquecido con el surgimiento de nuevas dinámicas organizacionales –verdaderas agrupaciones de sentidos– que se articulan en torno de un quehacer concreto, en su mayoría, de finalidad social y vocación comunitaria. Pese a la fragmentación que aún se aprecia, la capacidad asociativa del mundo popular no ha desaparecido, se ha reconfigurado, encontrando





otros espacios y canales de expresión distintos a los tradicionales, siendo la calle y los muros el escenario y vitrina de muchas de estas acciones.

Pero ¿qué distingue a la gestión comunitaria de otros procesos de gestión de la cultura? Un primer elemento es su carácter: desde un hacer concreto y alejado de tecnicismos, la gestión cultural comunitaria viene relevando su aporte como factor dinamizador del quehacer cultural, confirmando que constituye una poderosa herramienta de generación de sentidos y apertura de espacios de actuación y empoderamiento para grupos y comunidades.

Un segundo elemento es la forma de gestionar. La autogestión es el punto de partida de la mayoría de las organizaciones, sobre todo en el ámbito territorial, *donde se aprende a gestionar gestionando*, y este proceso es en sí mismo la base del desarrollo de las capacidades de gestión. De esta forma, no resulta extraño constatar que las prácticas de autogestión –entendidas

como la capacidad de alcanzar los objetivos y materializar definiciones desde las capacidades propias– sean consustanciales al surgimiento de la gran mayoría de las organizaciones comunitarias en nuestros países. Es por eso que con o sin el concurso de las instituciones, estas experiencias dan vida a una práctica que posibilita el acceso a la cultura en lugares donde la oferta del Estado no siempre llega y donde el mercado no muestra mayor interés.

Se trata de esfuerzos que articulan redes de colaboración e intercambio solidario, que activan, disputan y promueven, buscando que la cultura se instale, viva y recree con y desde las comunidades. De allí que hablar de gestión cultural comunitaria, de algún modo es también hablar de la gestión antes de la gestión; de preguntarnos qué gestionamos y para qué, buscando respuestas desde un *nosotros* que invita a la acción colectiva para, con y desde la comunidad, desafiar el presente y futuro de la gestión cultural. ■

“Se trata de esfuerzos que articulan redes de colaboración e intercambio solidario, que activan, disputan y promueven, buscando que la cultura se instale, viva y recree con y desde las comunidades”.